

DOÑA SOLEDAD

Apagó la luz de la mesita y dejó el libro al lado de la almohada.

Cerró los ojos. Se quitó las gafas y las dejó indolente en su mano todavía firme.

Hizo discurrir sus pensamientos por otras mañanas y otros amaneceres, cuando el calor de otro cuerpo se ceñía al suyo y unas manos conocidas le acariciaban tiernamente la mejilla, el pecho, el vientre, los muslos...

A pesar de los años transcurridos, su calor, su olor y sus caricias aparecían intactas cada vez que los evocaba.

Suspiró. La luz clara del amanecer entraba por las rendijas de la persiana y dejaban una pared de líneas transparentes. Miró el reloj. Las ocho. Se levantó con cuidado. Fue al cuarto de baño y se duchó. Aún con el albornoz puesto se sentó ante el espejo de aumento y se maquilló levemente. Perfiló con lápiz negro las líneas de los ojos y con un rojo suave los labios.

Sus setenta y dos años reflejados en el espejo le devolvían un rostro agradable, unos ojos color canela, y un pelo a "lo garçon" que le daban un cierto aire juvenil.

Abrió el armario, eligió un traje chaqueta corte "chanel", que tenía sus años pero seguía siendo elegante y la sentaba bien. Se ahuecó el cabello corto y se dirigió a la cocina a prepararse el desayuno. Mientras se lo tomaba conectó la radio y buscó "clásicos populares" en radio nacional, una música clásica alegre y animada que le levantaba la moral por la mañana. Por las tardes siempre prefería rancheras, milongas o boleros que contaban historias de amores.

Las nueve y media.

Había quedado a las diez y cuarto con Carlos, el chico de la inmobiliaria. Iría paseando hasta Inmofincas. Tardaría unos veinticinco o treinta minutos. Era su paseo matinal.

-Buenos días Doña Soledad.

-Buenos y primaverales, Carlos. ¿Qué me vas a enseñar hoy?

-Pues si le parece miraremos un ático de la calle Balmes, aquí cerca. Podemos ir en un paseo o la llevo en coche.

-Mejor paseamos si me dejas apoyarme un poco en ti.

-¡Cómo no! Y si se cansa hacemos una pausa con un café.

-Ah, estupendo. Pero hoy invito yo.

Carlos llevaba ya dos meses enseñándole un día a la semana inmuebles que a ella no acababan de gustarle. Siempre había un “pero”. Sin embargo el muchacho tenía la esperanza de que alguno le cuadrara y llevarse así una buena comisión.

Doña Soledad le parecía una mujer agradable. Le recordaba un poco a su abuela, aunque presumía que tendría bastante más solvencia que la suya. Según le había dicho, quería comprar un piso para regalárselo a su única nieta, porque el dinero que tenía en el banco no se lo iba a quedar hacienda con todos esos impuestos de herencia que había en Catalunya. Así que un bonito piso a su nombre era lo más adecuado y el mejor regalo que podía hacerle.

Cierto que en dos meses no había encontrado uno a su gusto, pero en este negocio nunca se sabe, y cada vez entraban cosas nuevas. Y hablar con ella también era placentero. Siempre acababan tomando un café, hablando del pasado de Soledad, que siempre tenía historias y anécdotas interesantes y amenas que contarle. También hablaba él, de su futuro, de sus sueños. No pensaba pasar su vida como vendedor de pisos. Estudiaba derecho por las tardes. Estaba en segundo de carrera. Sería un gran abogado, tendría un despacho, sería honesto, se casaría

-Bueno, Doña Soledad, quedamos el lunes próximo, como siempre. A ver si encontramos algo que le guste. Se despidió con un beso en la mejilla.

Doña Soledad sonreía beatíficamente mientras le despedía en la plazoleta que había frente a su piso.

El martes Doña Soledad se dedicaba a poner su casa en orden, a ver la tele y descansar.

Los miércoles ya tenía otra cita, por la tarde, con Susana, la chica de otra inmobiliaria, “Tot Casa”, que también era muy agradable.

Susana era una mujer rozando los cincuenta, casada y con hijos. Bueno, casada sí, pero la convivencia con el marido era otra cosa. Con los meses que llevaban visitando pisos y

tomando, como no, el café de las tardes, habían entablado una pequeña amistad. Doña Soledad se había convertido en el “pañito de lágrimas” de Susana. Se lo contaba todo, desde la indiferencia o las infidelidades del marido a la difícil educación de sus hijos adolescentes.

-Yo he tenido cuatro hijos. Todos chicos. Me adelanté a mi tiempo y los eché a volar. Que conocieran otros países, otras culturas, y ya sabes. Dos se emparejaron cuando hacían el “Erasmus”, esas becas, que no son becas porque son de una cuantía miserable, pero tienen o tenían, su prestigio. Nuestro dinero nos costó, pero podíamos costearlo. Pablito y Jorge lo hicieron con dos años de diferencia en Toulouse, y allá conocieron a sus parejas, una italiana y la otra belga. Y claro las mujeres tiran más de los hombres. Y allá están. Uno en Florencia, y el otro en Ostende. Sin hijos, buen trabajo y buena vida.

-¿Y no vienen a verla?

-Bueno sí, cada dos años hacen un viajecito relámpago y se pasan por aquí unos días.

-Pues váyase usted allí, con alguno de ellos.

-Quita, quita. Yo sería una carga. Ellos salen entran, sin preocupaciones. Los hijos cuando llegan a los 18, dejan de ser tuyos. Ellos hacen su nido, como hicimos todos. Los he disfrutado, querido, adorado, pero ya es otra historia. A ti te pasará igual. Y serás feliz sabiendo que están bien. Los añorarás en tu soledad, te emocionarás cuando repases los álbumes de fotos. Pero eres joven. Todavía te falta mucho para llegar a mi edad.

-¿Y los otros dos?

-Ah, sí. Luis acabó y se marchó a trabajar a Londres. Allí sigue. Todavía sin pareja. O eso dice. Yo creo que sí tiene, eso que ellos llaman “amigas”

-Amigas con derecho a roce –dijo Mercedes y se echó a reír.

Rieron las dos.

-Pedro es el que se quedó aquí, en España. El que me ha dado una nieta. Para ella busco el piso. Está en Sevilla, trabaja de asesor para no sé quién de la Junta de Andalucía. Le va bien también. Y hoy día es mucho.

La tarde primaveral se enredaba soñolienta entre los árboles de la plaza. Varias palomas picoteaban alrededor de su mesa las migajas de galleta que doña Soledad les iba desgranando poco a poco. Y así hablando, suspirando, riendo pasaban los miércoles -Venga que le acompañe a casa. Y ¿sabe? me alegra un tanto que el piso de hoy tampoco le convenga. Me estoy mal acostumbrando a pasar la tarde esta de la semana con usted . Doña Soledad estaba encantada.

Llegó a su piso. Tarareando una ranchera se quitó los zapatos y se calzó unas zapatillas. Se desvistió y se puso un batín floreado.

Se acercó a la mesita, se colocó las gafas y sacó el listín telefónico.

Buscó "Agencia Inmobiliarias "y eligió "Casateva". Se encontraba en Plaza de Sants. Estupendo. La tenía a cuatro paradas de autobús. El viernes se acercaría y les contaría la misma historia. Otro día de la semana que tendría compañía.

Odiaba la Soledad, odiaba los centros de "Gent gran", vidas vencidas que se iban apagando lentamente mientras agonizaban las tardes con juegos de cartas o dominó.

No. No, no, a ella le gustaba la gente joven, que le hablaran de futuros, de ilusiones...los pisos ni le importaban, ni tenía nietos, ni dinero para comprarlos, pero ellos nunca lo sabrían. Cuando veía que estaban cansados de enseñarle pisos, lo dejaba una temporada y buscaba otra agencia. ¡¡Había tantísimas en Barcelona!! Y ya tenía un par más localizadas en Blanes para el verano.

Los sábados iba al pequeño cementerio de Hospitalet y le contaba a su Anselmo todas las charlas de la semana.

-¡Qué lástima que no hubieran tenido hijos!

A las seis, cuando cerraban las puertas del cementerio, Doña Soledad, se iba a la parada del autobús con una sonrisa aleteando en sus labios.